

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Bellas Artes*, por D. F. de P. Madrazo.—*Dos Estrellas*, por D.^a Angela Grassi.—*A Eulalia* (poesía), por D. A. F. Grilo.—*Amor y coquetismo* (continuacion), por D.^a Micaela de Silva.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 840.—*Grabado de Labores*, núm. 59.

REVISTA DE BELLAS ARTES.



O hemos dicho hasta ahora nada á las amables lectoras de EL CORREO DE LA MODA sobre la Exposicion Nacional de Bellas Artes, que hace dias está abierta en el edificio que el capitalista Sr. Índo ha levantado como por encanto en el Paseo del Cisne, edificio de aspecto raro y poco elegante por fuera, pero sumamente cómodo y espacioso por dentro, y con todas las condiciones de luz y anchura que reclama su objeto. Tentados estábamos á pasar por alto el juicio que nos merecia la Exposicion actual, temerosos de nuestra incompetencia; pero en el deber grato siempre de satisfacer la curiosidad de las bellas abonadas, nos resolvimos á visitar la Exposicion y á examinarla, siquiera fuesé ligeramente, para emitir sobre ella nuestro juicio.

Elejimos para nuestra visita uno de esos dias en que, para penetrar en el vasto edificio es indispensable abonar antes la modesta cantidad de cuatro reales; uno de esos dias en que se encuentra allí á toda nuestra sociedad elegante, y en que, libres de la confusion de las turbas, se puede andar por todos los salones con mas libertad y desembarazo. Tropezamos al entrar con dos damas desconocidas para nosotros, tan elegantes como bellas, la mayor de las cuales aun no habria cumplido los treinta años. Nuestra buena estrella nos deparó este encuentro, y casi maquinalmente y sin explicarnos por qué, como subyugados por el atractivo de las dos amigas, seguimos á su lado durante toda la visita, lo que nos dió motivo para admirar su buen gusto, su discrecion y su talento.

—¡Qué hermosas salas! ¡cuántos cuadros! ¡qué chasco! Yo que formando mi juicio de la Exposicion por lo que dicen algunos críticos, creia de buena fé que la presente

revelaba el rápido descenso de nuestro nivel intelectual en materia de Bellas Artes.

—Julia, replicó la otra; esos críticos tendrán razon cuando lo dicen, porque naturalmente escritores de importancia deben saber mas que nosotras, y no se aventuran á decir lo que no sienten. Pero, hija, yo respetando su opinion, tengo la mia, y mi opinion formada por la impresion que me causa la vista de estas primeras salas, es ya favorable á la Exposicion.

—Pero, ¿no adviertes una cosa, Matilde? Que ha desaparecido casi un género que era para nosotras el mas bello. ¿No adviertes qué escaso es el número de retratos que hay en esta Exposicion?

—Esa escasez, querida mia, demuestra que no es verdad lo de la decadencia del arte de la pintura; hace pocos años, era yo todavía niña, y recuerdo que todos los críticos se lamentaban de que nuestros pintores no hicieran mas que retratos, de que no pintáran cuadros de historia, únicos en que campea el génio y en que podian ostentar sus privilegiadas disposiciones.

Sin embargo, tienes razon que te sobra, en lamentarte de la falta de retratos, y sobre todo de retratos de nuestras damas del gran mundo; bien se conoce que la fotografía satisface hoy esta necesidad, tan cara en otros tiempos. ¿Te acuerdas de aquellos divinos retratos de Federico Madrazo, del poeta-pintor, que conservando la semejanza admirable del rostro, lo embellecia y lo idealizaba? ¿Te acuerdas de aquellas sedas, de aquellos rasos, de aquellos encajes, que no se hacen mejor en las fábricas de Lyon y de Bruselas? ¿Dónde está hoy el pintor que reemplaza á Madrazo? ¿Dónde el pintor de las hermosas y de las que quieren parecerlo? En ninguna parte; yo al menos no le veo. ¿Y hay todavía críticos que se atreven á decir que nuestros pintores se acogen

á los trajes y al maniquí buscando aplausos en la buena ejecución de las sedas y de los terciopelos? ¿Dónde están esos terciopelos y esas sedas?

—Aludiré á estos dos retratos de Palmaroli, retratos de cuerpo entero, el uno de la augusta Infanta D.^a Isabel, y el otro de nuestra amiga la señorita de Castilla, ambos bien pintados, muy parecidos, y con riqueza de sedas, encajes y detalles.

—Pero hija, tú vas muy despacio. Contentita me tienen á mí esos críticos con haber escitado á los pintores á que se ocupen del desnudo y de las bellas formas, ya en temas religiosos, ya paganos, y sin embargo, lo olvido todo, y al grano, al grano.

—Pues grano, y no de anís por cierto, es ese cuadro del pintor catalán Sr. Mercadé, á quien ha concedido el Jurado una de las primeras medallas de historia.

—He oído á todo el mundo que es el primer cuadro de la Exposición. ¿No lo ves? Representa la traslación de San Francisco de Asís en el momento en que el cadáver del Santo es introducido en la iglesia de San Damian. Mira en el centro del cuadro, y un poco á la izquierda, el cuerpo del Santo estendido sobre una humilde parihuela; mira esos dos frailes que están á los pies del féretro de rodillas.

—Creerás que rezan, pero lo que hacen es extasiarse en la contemplación de los inmortales restos del ilustre Santo. Y ¿qué me dices de las figuras de las religiosas, que aparecen detrás, poseídas de admiración y ternura? ¿Qué te parece la Santa vírgen Clara, besando la mano del santo cadáver con llanto en los ojos? ¿Qué buen efecto hacen esos monaguillos y acólitos que se ven en segundo término, y que suben por una escalera que va á los claustros con estandartes y pendones y con hachas encendidas! ¿Y la procesión que preside el Obispo, y de la cual se vé solo una parte? ¿Y la cara de ese niño, de ese pequeño acólito que con la distracción propia de su edad, sin contemplar la escena, participa de su melancolía? Este cuadro es excelente; tiene bien ganada la primera medalla el Sr. Mercadé.

—Mira, Matilde, veamos ahora el cuadro de Alejo Vera, que representa el casamiento de Santa Cecilia y San Valeriano.

—¡Bonito cuadro! ha merecido también primera medalla. Las figuras de los dos Santos en actitud contemplativa y los brazos abiertos, y la del ángel que está en medio de ellos con las alas extendidas y acercando á las cabezas de los futuros mártires las coronas de rosas, se distinguen por lo puro y castigado de su estilo. Algun crítico ha motejado mucho este lienzo, creyéndolo muy inferior al *del entierro de San Lorenzo*, que expuso el mismo autor el año 1862, pero el Jurado ha sido de otra opinión, y yo estoy con el Jurado. Fijémonos ahora en el celebradísimo cuadro del Sr. Palmaroli, que figura *Un sermón en la capilla Sixtina*. Este lienzo, ¿no te cautiva por la belleza y la suavidad de sus tintas? ¿Qué me dices de las figuras de esos Cardena-

les, sentados á uno y otro lado del predicador, figuras todas llenas de movimiento y de vida? A tí que tienes tan buen gusto, ¿no te encanta la hábil combinación del color encarnado de las púrpuras cardenalicias con los hábitos negros de los demás Cardenales, y el color verde de la alfombra? Advierte otra cosa. Este cuadro y el de Mercadé son los más buscados en la Exposición. Este afán del público por contemplarlos, revela la justicia del Jurado al conceder á Palmaroli la primera medalla del género histórico.

—Y Gisbert y Casado ¿no han expuesto este año?

—Sí; ven conmigo á la sala próxima; ¿ves ese cuadro inmenso y colosal? pues ese es de Gisbert; representa la entrevista de Francisco I y su prometida esposa D.^a Leonor de Austria. Un beso; el beso nupcial, es el asunto de este cuadro, y aunque me parece trivial el asunto, todos convienen en que se distingue este lienzo (como todos los de su autor) por la corrección del dibujo y la belleza del colorido. Yo esperaba, sin embargo, algo más del autor del cuadro de *Los Comuneros*; quizá también esperaba más del Jurado; pero teniendo sin duda en cuenta su bien ganada gloria, le ha dado una consideración de primera medalla. Lo mismo ha hecho respecto á los Sres. Casado, Puebla, Hernandez, Gonzalvo y Cano; todos estos artistas, en la opinión del Jurado, se han mantenido á la altura de su reputación, y no han desmerecido en sus obras de este año de las que presentaron en Exposiciones anteriores.

—Pero, hija, se va haciendo tarde, y tenemos que dar un paseo en nuestra carretela por la Fuente Castellana.

—Pues entonces, Julia, nos limitaremos á dar un vistazo á las demás salas, y pasaremos por alto infinidad de lienzos; no me pesa por lo que hace á aquel grande de Ferran, que tiene por asunto la *apoteosis de Cervantes*; podrá ser buena su composición, pero su colorido me hiere la vista y me hace mal; tampoco nos fijaremos en ese cuadro de Fierros, que representa el momento en que D. Enrique III de Castilla, conocido por *El Doliente*, arengó á los señores y ricos-homes. Dice un crítico (y tiene razón) que este señor Fierros se ha entrado *furtibus et armis* en terreno que le estaba vedado, y creo que tiene razón, porque el Fierros de hoy dista mucho del autor de las escenas características de Asturias y Galicia, cuadros bellísimos, llenos de vida y de poética realidad; pero de prisa y todo dirige una mirada á ese cuadro de Valles que representa *Doña Juana la Loca*, y á ese otro de Ferran que figura el ataque de unos piratas á Cádiz; los dos han merecido la segunda medalla de historia. También quiero ver el cuadro de Agrasot, en el cual hay una niña con una cabrita, que constituye un grupo de primer orden. A este le ha concedido el Jurado la segunda medalla de género.

—¡Qué pocos cuadros hay de paisaje! ¿qué ha hecho Haes?

—Haes está hoy retraído, y como su fama es ya Europea, no se cree sin duda en la necesidad de exhibir sus

obras; esas obras que han sido siempre el encanto y la admiración de los amantes de lo bello. Hay, sin embargo, allí dos países muy lindos de los Sres. Rico y Muñoz, que han merecido la segunda medalla. Siento que vayamos tan de prisa, y que la luz y el tiempo nos falten; porque debíamos pararnos un rato ante ese precioso cuadro del joven Díaz Carreño, que representa á la hermosa *Francesca de Rimini*, conversando amorosamente con Paolo. La composición me parece perfectamente comprendida. Francesca y su amante leen á Galeoto, y el segundo la dá el beso fatal que costó á ambos la vida; pues Malatesta espada en mano se precipita sobre la esposa infiel y el hermano culpable. El joven Díaz Carreño ha adelantado mucho en Roma. En este adelanto convienen todos, y sin embargo le han dado una tercera medalla de historia. ¿Estará contento con este premio?

—Se me figura que nó, porque si sus cuadros de este año valen mas que los de la última Exposición, no se comprende que obtengan la misma calificación y la misma recompensa.

—Matilde; mira que van á cerrar ya.

—Pues cierren ó no, no puedo pasar por alto estos dos cuadritos de Joaquín Herrero. Le sirven de asunto las Comendadoras de Santiago. El uno representa el momento en que las monjas al entrar en el coro toman el agua bendita, y el otro una escena llena de verdad y de gracia. El chocolate que un Padre grave de la Orden de Mercenarios toma en la celda de la Abadesa; la figura entre respetuosa y socarrona del fraile mojando la sopa, y las de la Abadesa y otra religiosa (muy bellas las dos) contemplándole con cierta sonrisa, son figuras que fascinan por su verdad y por su intención.

¿Y la sala de escultura? ¿y las de grabado y arquitectura? ¿nos vamos sin verlas?

—Hija, no hay tiempo ya, volveremos otro día.

Y yo, que había seguido á las dos inteligentes damas, lápiz en mano copiando taquígraficamente sus impresiones en un papel, las traslado hoy con gusto á las columnas de *EL CORREO DE LA MODA*, para satisfacción y entretenimiento de sus bellas lectoras.

F. DE P. MADRAZO.

INSTRUCCION.

DOS ESTRELLAS.

¡Bellas creaciones de la Grecia, venid á mi socorro, para demostrar á mi dulce y contristada Elvira lo que son los celos! ¡Los celos! pasión insensata, monte de espuma que disipa el viento, fantástico edificio formado por las nieves, que se derrite al primer rayo del astro esplendoroso, engañosa visión que la bruma finje á los ojos de los navegantes, un vapor, una sombra, nada!...

¡Pasión bastarda, pasión ruin, que se disfraza con nobles atavíos, y no es mas que un monstruoso enjendro, un conjunto miserable de envidia, vanidad y desconfianza; pasión necia, hija de la fantasía, que no toma su origen de ningún hecho real, que se alimenta de quimeras, y que sin embargo dá por resultado lágrimas y desdichas positivas!

No acaricies ese áspid ponzoñoso, Elvira, no le des abrigo en tu seno, ahógalo apenas nazca, arrójalo con menosprecio sobre el polvo del camino, y aplástalo sin piedad bajo tus plantas! ¡Las almas nobles y leales solo admiten la traición cuando pueden tocarla con sus manos!

En los hermosos campos de la Grecia vivían en otro tiempo dos esposos, dos amantes. El amor los había formado de consuno, para que sus almas se confundieran en un alma sola. Ambos eran bellos, y para ambos tenían Driades y Napeas, Faunos y Silvanos, suspiros de amor y cantos de ternura; pero ellos no oían estos suspiros, no prestaban atención á estos cantares, porque su mútua voz era lo único que se complacían en escuchar sobre la tierra.

Él se llamaba Céfalo, y era hijo de Mercurio y Erse; ella se llamaba Pocris.

Si alguna cosa podía arrancar á Céfalo de los brazos de su esposa, eran sus hermosos lebreles, que le acompañaban á la caza; era el placer de luchar con las sangrientas fieras en los bosques del Pindo ó del Parnaso.

Un día, mucho antes que el sol subiese en su dorado carro y recorriese el ámbito del cielo, Céfalo cojió su arco y sus flechas, y salió de su Palacio, verdadero palacio mágico, formado y embellecido por los géneos de la Grecia, que se elevaba sobre un grupo de floridos peñascos, y se espejaba en el río Aqueléo, de ondas siempre apacibles y sonoras.

Salió de su palacio, y el sol recorrió todos los signos del Zodiaco, sin que la infeliz esposa volviese á ver al bien querido de su alma.

En vano interrogaba á los ecos y á las auras, en vano pedía compasión á las aves y á las flores, seres que aman y son sensibles á los ayes de un amor sin esperanza; ecos y flores, aves y fuentes solo contestaban á sus quejas con murmurios y gemidos.

Una tarde, al sepultarse el sol en las ondas espumosas de los mares, un pajarillo vino á posarse sobre un árbol del jardín de Pocris, y entonó tales melodías, dejó oír tales gorjeos, que la desdichada abandonó su estancia cubierta de negros paños, para ir á sentarse debajo del árbol en donde resonaba aquel mágico concierto.

Lo escuchó largo rato en silencio, y sus mejillas empe-

zaron á colorearse, y su corazon empezó á latir con violencia inusitada.

Aquel canto misterioso era una revelacion, lo adivinaba, lo sabia, y sin embargo, no podia rasgar el tupido velo que envolvía su pensamiento.

—Ascanio, buen Ascanio, gritó, llamando al mas viejo de todos sus servidores; tú, que adivinas lo pasado y lo futuro; tú, para quien no tiene arcanos la naturaleza, dime qué significa el canto de este pájaro.

Ascanio escuchó, reflexionó.

—¡Una gran nueva! exclamó con alegría. Mañana, repuso, antes que entre el cielo y el mar aparezca una línea blanquecina que divida en dos la tierra y el firmamento, vé á sentarte á orillas del Aquelóo y espera.

Todavía se lamentaban en las viejas torres y en los profundos antros las aves amigas de la noche, cuando ya Pocris, fijos los ojos en el Oriente, palpitante de amor y de esperanza, buscaba aquella blanca línea que debía ser mensajera de su dicha.

Por fin, el céfiro empezó á agitar blandamente las ramas, como para despertar á la naturaleza que dormía; empezó á rizar las ondas del rio, arrancándole blancos copos de espuma para dejarlos caer en menudo aljofar sobre las perezosas flores... Despues apareció en el cielo la bienhechora línea blanca, que se fué ensanchando y embelleciendo con todos los matices del arco iris, y de aquel foco de luz brotó la esplendente Aurora, llevando en la mano izquierda una antorcha, para encender las nubes de plata, y trocarlas en nubes de ópalo y amaranto, y esparciendo con la derecha una lluvia de rosas, que despues de perfumar el ambiente, caian alfombrando el musgo de los prados.

La inmortal vision se envolvió en una nube de oro, y descendió lentamente junto á Pocris, confusa y arrodillada.

Entonces, del centro de la nube, salió una voz de maravillosa dulzura, que dijo estas palabras:

—¡Yo soy la Aurora, Pocris! Amé á Céfalo y le arrebaté de tus brazos... Júpiter protegió mi rapto, con tal de que consiguiese hacerme amar en el término de un año. ¡Vana ilusion, inútil esperanza!... Ha vivido cautivo en mis risueños palacios de oro y grana; las fugaces horas le han rodeado de halagos, ofreciéndose á escanciarle el néctar de la ambrosía inmortal en copas de perlas y diamantes... ¡No ha querido, no quiere!... ¡Quiere volver á tí!... Cumplo la sentencia de Júpiter, me resigno, y te lo devuelvo, Pocris...

Calló la voz, disipóse la nube, y Pocris que habia caido en el suelo desmayada, volvió en sí al contacto del corazon de su esposo, que latía junto al suyo. ¿Es posible acaso expresar con palabras los trasportes de su amor, la embriaguez de su ventura?

Céfalo y Pocris volvian á encontrarse dignos el uno del otro, y su dicha causó envidia hasta á los inmortales, que tienen en el Olimpo su trono esplendoroso.

¿Podía la Aurora contemplarla impassible, ella que habia sido desdeñada, escarnecida, y no meditar proyectos de venganza?

Una noche, mientras ambos esposos se estasiaban con las dulces protestas de su amor, un viejo mendigo se pre-

sentó á las puertas del palacio, y quiso ver á Pocris.

—Vengo del fondo de la Tesalia, la dijo, y voy á los montes Helénicos, á la region perpétua de las nieves. Solo poseo este lebrel y este arco de certeras flechas; ¿quieres tú comprarlos?

Pocris le dió por ambos objetos su collar de perlas, y corrió ufana á regalárselos á Céfalo.

Era tan inteligente el perro, eran los dardos tan ciertos, que Céfalo sintió renacer su antiguo ardor por la caza.

Primero se ausentó por una hora, luego por dos, y en breve empezó á partir por la mañana y á no volver hasta la noche.

Pocris tuvo celos, celos horribles, insensatos celos. No pensó que Céfalo habia resistido durante un año á los halagos de la Aurora, que no habia querido embriagarse con la ambrosía divina, prefiriendo su destierro terrestre á ser inmortal entre los dioses. ¡No pensó en nada de esto la infeliz! ¡Solo vió delante de sus ojos los negros fantasmas de la traicion, y léjos de combatirlos, los llamó con sus quejas, los acarició con amargo y tristísimo embeleso.

Una mañana, sola, desatentada, loca, salió del palacio, recorrió los bosques... Cerca ya del medio día oyó los cercanos ladridos del lebrel, y se ocultó entre la espesura: ¡queria ver sin ser vista!

Murmuraba allí una fuentecilla. Céfalo llegó rendido de fatiga y de calor, se reclinó sobre el florido césped, é invocando á la brisa para que refrescase su abrasadora frente, exclamó con dulce tono:

—¡Ven, aura ansiada, ven!...

¿Qué es lo que sintió la triste esposa, cuando oyó pronunciar este nombre que podia aplicarse á su rival? Fuera de sí, deshecha en llanto, quiso abalanzarse hácia el ingrato para reprocharle su perfidia; pero Céfalo al ver que el ramaje se agitaba con violencia, creyó que iba á ser sorprendido por una fiera, disparó el dardo que tenia en la mano, y el dardo, demasiado fiel ejecutor de la venganza de la Diosa, se clavó en el seno de Pocris, y no salió de allí mas que para abrir paso á su vida.

Céfalo no quiso sobrevivir al ídolo de su alma, disparó otro dardo contra su propio seno, y ambos murieron abrazados, sirviéndoles de tálamo postrero el musgo ensangrentado.

Compadecido de su desventura, Júpiter los trasformó en estrellas, y desde entonces giran alrededor del planeta de su nombre, enviando á la tierra su brillo esplendoroso.

¡Elvira, cuando sientas el corazon lleno de celos, cuando invadan tu mente las quimeras de sospechas injustas y engañosas, levanta los ojos al cielo, busca las estrellas de Céfalo y de Pocris, y acuérdate de que una ilusion mentida, una palabra vaga, trocó su felicidad en eterna desventura!

ANGELA GRASSI.



LITERATURA.

A EULALIA.

Hoy que mi afan te promete
Flores de escasos primores,
Quiero que me des tus flores
Para hacer mi ramillete.

Las flores que traigo aquí
Nada valen por ser mias,
Y quiero darte en tus dias
Un ramo digno de tí.

No para mi auxilio aclamo
Á la vírgen primavera;
Siendo tú la jardinera
Saldrá delicioso el ramo.

Y no á lejana region
Volemos ni á otro confin;
No te hace falta jardin,
Estamos en tu salon.

Sí, mi afan te lo promete,
Aplauda mi buen deseo;
Con que demos un paseo
Y haremos el ramillete.

Busquemos de la de Andilla
El rostro arrebatador,
Y tendremos una flor,
La flor de la maravilla.

Una rosa y un clavel,
Qué dos flores tan galanas!
Estas deben ser hermanas;
Busca á las niñas de Güél.

Desmayas!!—yo no desmayo
En tan pintoresca liza;
Allí están las de Ziriza,
Que son dos rosas de Mayo.

Buscas entre las que van
La Reina de este vergel;
Ahí está la de Burriel
Que es orgullo de San Juan.

Eulalia, siga el paseo,
Y harán feliz la tarea
Las niñas de Bengohechea
Con la esposa de Micheo.

De tus salones el aura
Que vuela en dulce murmullo,
Nos descubre otro capullo,
El rostro de Julia Saura.

Del ramo en la bella forma
Aumentarán los primores,
Esas peregrinas flores
Del jardin de la *Reforma*.

Si una perla has de coger,
No te afanes por cogerla;
Busca en su concha á la perla,
Búscala en Conchita Imber.

Si en sus hojas de esmeralda
Quieres cerrar la aureola,
Cármen Panel es la sola
Para cerrar la guirnalda.

Las de Sanjurjo tambien
Unidas en dulce lazo,
Brillan con la de Madrazo
En las flores de tu Edén.

Guirnalda tan peregrina
Revivirá sin enojos
Con la aurora de unos ojos,
De los ojos de Agustina.

Qué hermoso el ramo fulgura!
Cuán rico y lozano és!
Bien pudiera la Sinués
Cantar su fresca hermosura.

Será el ramo desde ahora
Rival de la primavera,
Con tan linda jardinera
Y con tan digna cantora.

Hoy mi afan te lo promete
En ardiente frenesí,
Eulalia bella, éste sí
Que es un bello ramillete.

Acéptalo, en conclusion,
Guarda sus ricos primores,
Ya que son todas sus flores
Del jardin de tu salon.

A. F. GRILO.

AMOR Y COQUETISMO.

(CONTINUACION.)

La noche no podia ser mas deliciosa, la luna brillaba en todo su lleno, negros picos cerraban el horizonte, en frente veía el pueblo de Lerin y las ruinas de su famoso castillo; en medio descubriase una vega sembrada de olivos y

en primera línea en su escabroso papel de Jimena. La señora Genovés y los Sres. Catalina (D. Manuel), Casañer (beneficiado de la función), Oltra y Pastrana le acompañaron con buen deseo. La falta de tradición y costumbre en la representación de este género de obras, se echa de ver mas y mas cada dia en nuestros actores, solamente habituados en lo general á la comedia de costumbres.

Segun voz pública muy corriente, la empresa dirigida por el Sr. Catalina concluye en el carnaval próximo, debiendo reanudar las representaciones otra compañía que se está formando por un nuevo empresario, el Sr. Gaztambi-

de. Ya comunicaremos á las aficionadas lectoras las noticias que lleguen á nuestro conocimiento.

NOVEDADES ha acogido en su seno otra compañía formada por varios de los actores que últimamente se hallaban en el PRÍNCIPE. La primera obra con que van á inaugurar sus trabajos es una comedia de magia, titulada *La espada de Satanás*. Veremos el resultado. Anuncios llamativos y grandes carteles no han faltado: los periódicos y las esquinas dan de ello testimonio. Falta saber si el éxito corresponderá á las esperanzas.

DIEGO DE RIVERA.

LABORES.

CANASTILLA DE TOCADOR.

El capricho que hoy ofrecemos á nuestras lectoras, constituye una linda *canastilla de tocador*, adornada con coquetería y destinada á contener los distintos objetos que son de uso indispensable para la *toilette* de una dama. El modelo núm. 2 presenta desnuda la canastilla de mimbres, con cuatro asas. El núm. 1 la presenta vestida de todos sus adornos y cerrada: adórnase con dos guarniciones, lisa la primera, y cortada á picos y mas estrecha la segunda, de muselina moteada, con viso azul, ó sean dobles guarniciones de este color debajo de la de muselina. Un pequeño fleco de madroños azules orilla los bordes de las guarniciones, así como cada una de las separaciones que lleva dentro la canastilla, vestidas tambien de seda y muselina. Las asas se

rodean de cinta azul, terminada por un pequeño lazo en cada extremo, y ya solo falta forrar un carton de la misma forma que la canastilla, con seda y muselina, guarnecerla del mismo fleco, y hacer de él la tapa de la canastilla.

El núm. 3 muestra ésta abierta y llena ya de los objetos que ha de contener, y en ella se ven frascos, tarros de pomada, caja de peines, cepillos, utensilios de costura, y cuanto necesita tener á mano la mujer de buen gusto y de orden en su casa. Este lindo juguete es al mismo tiempo un caprichoso regalo para que figure en el tocador de una amiga de nuestro cariño. Si se prefiere, puede sustituirse la muselina por seda, y el fleco por rizados de cinta, aunque no tendrá la frescura y gracia que haciéndola por nuestra exacta esplicacion.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 840.

FIG. 1.^a TRAJE DE BAILE.—*Vestido* de tul y glasé blanco, con adornos de seda verde y flores margaritas.

Falda de tul, que deja ver el pié por delante, y se prolonga en estensa cola, terminada por tres grandes bullones alrededor. *Sobrefalda* abierta por los costados, desde la cintura, que redondea por delante y por detrás, de glasé blanco, orillada de un biés de seda verde sembrado de margaritas: bieses semejantes con flores unen en presillas las dos partes de la sobrefalda.

Cuerpo escotado, con biés de seda y flores alrededor del escote, y manga corta de bullon sembrada de margaritas. *Cinturon* verde.

Peinado de bandós rizados, y sobre ellos cordon de margaritas, cuyo adorno se repite alrededor de la castaña, alta, y sobre ésta abrazándola en sentido vertical, con bucles á su pié.

FIG. 2.^a TRAJE DE CALLE.—*Vestido* de grós-grain negro, adornado de marta, y vivos de seda blanca.

Falda primera, larga, de seda negra, orillada por una ancha tira de terciopelo.

Vestido-sotana, abierta del escote en V, con manga justa: el paño de adelante va cortado en almenas y ribeteado de blanco, bajando una tira de piel de marta desde el hombro abriendo en delantal, y continuándose al canto de la falda, que deja ver todo el terciopelo de la interior: un vivo blanco adorna la falda sobre la marta, y botones blancos por delante y en la manga la completan.

Sombrero, birrete de terciopelo grosella, guarnecido de marta con bridas de terciopelo, sujetas debajo de la barba con una joya.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



840

LE MONITEUR DE LA MODE
Journal du Grand Monde

Paris, Rue de Richelieu, 92

CORREO DE LA MODA

MADRID, El Correo de la Moda P. J. de la Pena

